

Desazonada con el calificativo que apliqué en el artículo anterior á las que van con sombrero á misa, me ha escrito una de ellas por el correo interior, protestando y queriendo defenderse; pero con tan poca fortuna, que no consigue más que darme la razón, y obligarme á confirmarlas el apellido.

Esta *cristiana con sombrero*, que es como se firma, ó esta protestante sin sustancia, que es lo que parece, después de echarme un puñado de flores asegurándome que lee con fruición y con verdadero interés mis artículos ingeniosos, eruditos y no sé qué más, entra en materia y dice:

«¡Cuál no sería mi sorpresa encontrar en el artículo de hoy que comienza usted por tachar de *cursis* á todas las damas que asistimos á los templos de sombrero!» Enseguida exclama: «¡Qué vulgaridad más estupenda!» Y añade: «Se deduce de aquí que son *cursis* todas las damas de todas las naciones *detrás* del Pirineo...»

No, señora. Eso lo deducirá usted, porque no sabrá usted lógica, ni otras cosas más necesarias; pero deducir no se deduce. Un sombrero puede ser muy elegante en Rusia y muy cursi en España. ¿Cree usted que no serán muy elegantes allá en su país las trenzas colgando, los ojos oblicuos y los sayos azules que lucen por nuestros paseos los apreciables individuos de la embajada china? Y sin embargo, aquí todas esas cosas nos parecen muy feas, y no solamente nos lo parecen, sino que lo son, lo cual es más grave.

También serán elegantes, ó siquiera tendrán razón de ser en Inglaterra las carreras de caballos, porque habiendo allá muchos ganaderos que crían caballos de carreras, como los de acá crían toros de corridas, es natural la competencia y provechoso el estímulo. Pero aquí en España donde casi no hay más caballos de carreras que los que compran los aficionados, no parece bien que se gaste el dinero de los contribuyentes en pagar premios á los que han comprado con mejor fortuna.

Todo esto va perfectamente expresado en aquel refrán latino que dice: *Distingue tempora, et concordabis jura*; porque quien dice *tempora*, dice *loca*. No vaya usted á creer que la llamo loca por eso. No; este *loca* quiere decir lugares.

Por lo demás, ¿quién la ha dicho á usted

que van al templo desaliñadas las que van con mantilla? Desaliñadas la parecerán á usted; pero á la mayor parte de los hombres nos parece la mantilla el mejor aliño del mundo, y nos gustan mucho más las mujeres con mantilla que con esos sombreros estrafalarios que se ponen ustedes las de mal gusto y mala ortografía, con los cuales están que ni de encargo para servir de espantajo en un huerto.

Yo no sé si usted será casada; pero si no lo es y quiere casarse, ha cogido usted el rastro al revés. Mire usted, yo soy soltero, aunque me esté mal el decirlo, y ya ve usted mi opinión sobre el particular; y además tengo ya muy adelantados los trabajos para fundar una cofradía de caballeros que se obliguen á no casarse con ninguna mujer que vaya de sombrero á la iglesia.

Tampoco tiene usted razón para afirmar que de entre las señoras que van á misa con mantilla es mucho más escaso que entre las que van con sombrero el número de las que sepan algo de teología y «hallan ojeado los Evangelios». ¿Cree usted que la Teología y la instrucción religiosa se miden á sombreradas? No es verdad tampoco que haya en España catorce millones de habitantes que no saben leer ni escribir, y aunque los hubiera, ¿tendría la mantilla la culpa? Yo soy de un pueblo donde no hay nadie que no sepa leer y escri-

bir, y no llevan sombrero á misa las mujeres, y en cambio usted lleva sombrero á misa y no sabe usted de la misa la media.

¿Y para defenderse de la nota de cursi escribe usted «que *hallan ojeado* los Evangelios?» Crea usted, señora, que los Evangelios se *hojean* con hache: los que se *ojean* sin hache son los jabalíes. Y crea usted también que *hayan*, tercera persona de plural del presente de subjuntivo del verbo haber, se escribe así, como lo escribo yo, con *y* griega, y no como lo escribe usted, con dos eles.

Con esa instrucción sombreril de que usted hace gala, me parece lógico que la guste á usted más parecer costurera francesa que parecer señora, y tampoco tiene nada de extraño que despotrique usted contra los curas hablando de su fanatismo, de su ignorancia y de su trabuco, igual que cualquier progresista de aparejo redondo.

En fin, que en religión y en ortografía está usted á la misma altura que en buen gusto y en elegancia.

Para concluir esta digresión, que ya es muy larga y temo que no me la perdonen de buena gana los lectores, voy á darla á usted un consejo. ¿Quiere usted alejar de sí la nota de *cursi*? Pues no escriba usted más contra los curas; pero póngase usted á bien con la mantilla... y con la ortografía, que todo es compatible.

Otra digresión. Uno de Avila me ha escrito una carta un poco desabrida, queriendo defender la definición académica de *desemparvar*, que critiqué en el artículo precedente. Desde que comencé esta crítica, ya lo he dicho otras veces, recibo muchas cartas amistosas de España y de América con advertencias y observaciones que utilizo siempre que son utilizables, y que de todas maneras agradezco. Pero esta carta del de Avila se separa mucho del tono de las demás: es presumida y hostil como ella sola.

Comienza su autor dándome la noticia de que no soy infalible, y tras de esta vulgaridad, me dice que ya me escribió antes otra carta con motivo de la CUARTILLA, carta que en verdad no llegó á mis manos.

Pero de la defensa que trata de hacer de las académicas definiciones no resulta más sino que en Avila, así como dicen «tardar á venir» y *chiquetita*, llaman *parva* á la trilla y *desemparvar* al aparvar, y á la parva *pez* (que es montón de grano limpio mientras conserva la forma oblonga de la parva) y á la era *emparvadero*, etcétera. Y es claro: como los de Avila tampoco son infalibles, de que lo digan así en Avila no se deduce que esté bien dicho.

Después, mortificado sin duda por la idea de que yo recibiera su primera carta y no la hiciera caso, se ofuscó el hombre, y echán-

dolas de listo, escribió el párrafo siguiente:

«Ateniéndome en definiciones filológicas al uso, *norma loquendi* que dijo un tal Horacio, si es que no me han engañado en cita y autor, digo algunas veces como mi tocayo Alarcón (habrá Vd. de saber, aunque no le importe (*¡claro que no!*) que apenas me llamo Pedro) *echar la llave ó cerrojo...*»

¡Pero, hombre de Dios, si eso lo decimos todos! ¡Si Vd. no se ha enterado! ¡Si lo que yo he dicho que no se dice, aunque lo digan Alarcón y el Diccionario, es *desechar la llave!* Y en favor de este disparate no hay *uso* (porque, no crea V. que *uso* quiere decir Pedro Antonio Alarcón); y por consecuencia, son impertinentes la cita de Horacio y el conato de chiste.—Mire Vd., lo primero es enterarse, y después criticar. Y la ira es muy mala consejera; no lo dude usted, y no se vuelva usted á dejar llevar de la ira si no quiere usted hacer planchas...

Y continúa Vd.: «...digo algunas veces *echar la llave ó cerrojo* y los que me escuchan, si son castellanos viejos, no entienden que les mando los tiren á la calle...» No, no entienden eso, pero se ríen de Vd., que no se entera de las cosas, y que confunde la frase castiza ECHAR LA LLAVE con la frase bárbara é inadmisible *desechar la llave* (en el sentido de abrir), y habiendo yo condenado ésta, sale usted á defender la otra.—Le advierto á

usted que no tengo inconveniente, si usted quiere, en decir su apellido otro día, para que le conozcan á usted los académicos y le nombren correspondiente. Por una cosa así hicieron á Comelerán académico de número, y no crea usted que andan los Comeleranes tan de sobra.

Volviendo á los académicos, nos los encontramos hoy metidos á toreros y desbarrando, por no variar, en una corrida de gala. Verán ustedes qué definición dan del verbo DESEMPEÑAR tan propia, tan clara y tan precisa. Dicen así: «DESEMPEÑAR, v. En la fiesta real de toros se dice cuando el caballero en plaza *tiene algún azar al hacer* la suerte al toro (como sacarle de la mano el rejón, atropellarle el chulo, caérsele el sombrero ó llevarle alguna prenda); y *se satisface* echando pie á tierra é hiriendo al toro con la espada.» No lo han entendido ustedes, ya lo sé; pero vuélvano ustedes á leer, y no lo entenderán tampoco. ¡Vaya! Lo he leído yo más de veinte veces y aún no lo entiendo. Porque aún no sé si DESEMPEÑAR se dice en la fiesta real de toros cuando el caballero tiene aquel *azar al hacer*, que parece un trabalenguas, ó después cuando se *satisface*. Y entrando en el paréntesis que ocupa la mayor parte de la definición, no sé todavía si aquello de «sacarle de la mano el rejón» se refiere al toro ó al caballero en plaza, pues si la sintaxis quiere que

sea al primero, la intención académica quiere que sea al último; porque dicen: cuando el caballero tiene algún *azar al hacer* la suerte al toro (como sacarle de la mano el rejón), y parece que es sacársele al toro.

Sigue en el paréntesis aquello de *atropellarle el chulo*, y tampoco se sabe quién atropella á quién, aunque lo más gramatical es creer que el chulo atropella al toro ó al caballero.

Sigue lo de «caérsele el sombrero», y tampoco se sabe si es al caballero ó al chulo. ¡Ah! Y si se sabe que no es al toro es porque el toro no lleva sombrero, no por otra cosa.

¿Y qué me dicen ustedes de aquello de *llevarle alguna prenda?*... «Cuando el caballero tiene algún *azar al hacer* la suerte al toro como sacarle de la mano el rejón, atropellarle el chulo, caérsele el sombrero ó *llevarle alguna prenda?*... ¿Quién se la ha de llevar? ¿el aire? ¿el rata segundo?... ¡Vayan ustedes á saber! Porque en los dos primeros verbos que son activos, *sacar* y *atropellar*, el agente es dudoso: pero en el tercer verbo, en el reflexivo *caerse*, ya es indudable, el que se cae es el sombrero, aunque no se sepa á quién se le cae. Inmediatamente después de esta oración *caérsele el sombrero*, en la que el agente es el sombrero, viene la otra de *ó llevarle alguna prenda?*... ¿Quién es aquí el agente? ¿El sombrero también? ¿Es el sombrero el que ha de

llevarle la prenda al caballero en plaza?...

¡Y que por definir así cobren dietas los académicos!

Añaden después del paréntesis que «se *satisface* echando pie á tierra é hiriendo al toro con la espada». Este que hiere y que echa pie á tierra, por fuerza tiene que ser el caballero; pero el que se satisface con eso no se sabe si es el caballero ó el *azar*, únicamente se sabe que no es el país, que no puede satisfacerse con nada más que con la disolución de la Academia.

Anímese usted á ello, señor duque de Veragua (1). Aunque no sea más que por lo atrasados que están en tauromaquia los académicos, que tras de no saber lo que era COLEAR hasta que se lo avisaron de América, disparatan largo y tendido cuando quieren decir algo de los caballeros en plaza.

Anímese usted, señor duque, á disolver la Academia. Ningún ministro más á propósito que usted, que es ganadero, para llevar á cabo esa reforma.

(1) Ministro de Fomento cuando se escribió este artículo.

No sé si para recordarme aquella amenaza que le echaba en el artículo anterior, de declarar su apellido á los académicos, ó para más obligarme á cumplirla, me ha escrito el de Avila otra carta muy esmerada y presuntuosa, no queriendo darse por vencido con las razones allí expuestas contra el neologismo irracional de *desechar la llave*, pero sin aducir en pro de su parecer ninguna atendible. Y haciéndosele, sin duda, que tardaba yo demasiado en notificar al público por medio de *El Imparcial* esta segunda carta, la ha impreso él allá en un periódico indígena y me ha mandado un ejemplar por el correo.

Comienza el buen abulense, que se fingía labrador y va resultando casi periodista, con una de esas protestas de humildad que suelen hacer los menos humildes, pondera mucho su veneración á Santa Teresa, apunta luego, para probar esta veneración, una obscenidad repugnante, y despues de mucho divagar,

presenta por junto en favor de la bárbara frase de *desechar la llave*, por abrir, este argumento:

«La preposición DES antepuesta á un verbo significa su negación ó inversión. ¿Puede decirse, según usted reconoce, *echar la llave* en el sentido de cerrar? *Ergo*, puede igualmente decirse desechar la llave en el sentido de abrir.»

Pues no, señor; no vale la consecuencia. Y, si vale, admita usted estas otras: ¿MATAR es, según el Diccionario, quitar la vida á alguno? *Ergo* DESMATAR será dársela ó volvérsela. ¿Se puede decir que los judíos MATABON á Jesucristo? *Ergo* puede igualmente decirse que Jesucristo SE DESMATÓ, en el sentido de que resucitó al tercero día. ¿Se puede decir que una enfermedad MATÓ á Lázaro? *Ergo* puede igualmente decirse que Jesucristo DESMATÓ á Lázaro... ¿Qué le parece á usted de estas consecuencias iguales á la suya? ¿Cree usted que se puede decir todo esto?... ¡Qué se ha de poder! No se puede; porque el verbo DESMATAR tiene ya significado propio que es el de arrancar matas, preparar un matorral para el cultivo, y sería ridículo darle otro nuevo innecesario y ocasionado á confusiones. Y por lo mismo no se puede decir *desechar la llave*, en el sentido de abrir, porque el verbo DESECHAR tiene ya otro significado, el de probar, rechazar, tirar una cosa por inútil ó

inservible y no se le puede ni se le debe dar ese nuevo.

Y no crea el de Avila que el verbo DESMATAR es el único ejemplo que puede ponerse contra las consecuencias de su lógica impetuosa y descarrilada. Hay otros muchos verbos que, precedidos de la partícula DES, no significan lo contrario que sin ella, y que por consecuencia, no pueden emplearse con el significado contrario al que tienen sin composición, porque el uso les ha consagrado otro distinto. De un rico que se arruina se dice que ha tronado, que está tronado ó que sus desarreglos ó sus desórdenes le han *tronado*; y de ese mismo rico si logra rehacer su fortuna, no se puede decir que se ha *destronado*, ni que las economías y el buen orden le han *destronado*; porque destronar tiene otro significado muy conocido. Se suele decir que en Mayo las praderas están *bordadas* de flores y no se puede decir que en Agosto ó en Diciembre están *desbordadas*, porque desbordar tiene otro significado, el de salirse los ríos de madre, cosa que no sólo les pasa á los ríos, sino también á las personas. HILAR es formar hilos de un cerro de lino, ó de un copo de algodón ó de seda, ó de una cardada de lana; y DESHILAR no es deshacer los hilos formados y volverlos á hacer cerro, cardada ó lana, sino hacer hilos también deshaciendo un tejido. La reja del arado (ya que el de

Avila quiere hacer de labrador), á pesar de ser de hierro con punta de acero, se gasta, es decir, se disminuye con el roce de la tierra, y cuando está muy *gastada*, se lleva á la fragua á añadir ó reponer en ella lo *gastado*: los labradores que llevan con este objeto las rejas á la fragua, ¿dicen que las van á *desgastar*? No creo que ni en Avila dirán así; sino que las van á CALZAR ó á APUNTAR; porque precisamente DESGASTAR, con su DES y todo, significa en este caso lo mismo que gastar y no lo contrario. Como tampoco *despedir* significa lo contrario de pedir, ni *desfilas* significa deshacer la fila, sino marchar conservándola, ni *desvanecerse* significa lo contrario de *envanecerse*.

Ya se ve pues cuán sin fundamento continúa el de Avila su disertación tan campante: «Que el oficio de esta partícula DES es ese, lo dice la gramática de la Academia, lo repite la de otro contradictor de esa corporación literaria, (¿y qué, hombre, y qué?) y lo confirma el uso en Castilla y en todos los idiomas. La frase *desechar*, dice usted, (no, yo no llamo frase al verbo desechar; le llamo verbo) tiene una significación gráfica y popular al expresar el acto de tirar ó desprenderse de una cosa por inútil é inservible; verbigracia, la colección de *El Siglo Futuro*...»

¡Hombre! ¡qué *desbobo*, es decir, qué picarillo se nos va usted haciendo!

«La frase *desechar*, dice usted, tiene una significación gráfica y popular al expresar el acto de tirar ó desprenderse de una cosa por inútil é inservible, verbigracia la colección de *El Siglo Futuro*. ¿Y qué? Pues sin recordar otros verbos compuestos, distintos del que provoca su crítica, citaré ahora las frases: *echa una cana al aire*, que significa divertirse; *echa la casa por la ventana*, malgastar...»

Bueno, hombre, bueno. ¿Y para qué las cita usted? ¿Para hacer más patente su propia derrota? ¿para que yo le pregunte á usted si se puede decir *desechar una cana al aire*, en el sentido de entristecerse, ó si *desechar la casa por la ventana* significa hacer economías?... No sea usted *desrico* hombre.

Me parece que le dije á usted en el artículo anterior que estaba usted AIRADO. Y claro es que usted comprendió perfectamente lo que le quise decir, es á saber, que tenía ira, que estaba incomodado, enojado: ¿no es así? Pues si ahora le digo á usted que está usted DESAIRADO, ¿quiere decir que está usted contento? No, señor; sino que hace usted mal papel defendiendo una sinrazón de la Academia. ¿Que por qué DESAIRADO no ha de significar lo contrario que AIRADO? Pues, *velai*, porque significa otra cosa, por lo mismo que *desechar la llave* no significa lo contrario que *echa la llave* sino tirarla ó arrinconarla, porque ni el capricho de Alarcón, ni el mal humor de usted,

ni la ignorancia de tres docenas de *despersonas* que se *desdispersan* (¿qué tal, eh?) todos los jueves en una casa de la calle de Valverde, tienen ningún poder contra el uso inteligente y discreto. (1)

Quedemos, pues, en que es una tontería haber puesto en el Diccionario al verbo DESECHAR la acepción aquella que dice: «*Tratándose de llaves, cerrojos, etc., darles el movimiento necesario para abrir*»; porque semejante acepción no existe, y si la ha empleado por capricho algún escritor modernísimo, no ha sido sancionada por el uso, ni lo será, porque no tiene condiciones para serlo.

Y vamos adelante.

(1) Recientemente le ha salido al de Avila un compañero eximio: el ministro inverosímil de Ultramar, Sr. Fabié, que á los tres ó cuatro días de hacer su entrada triunfal en la Academia Española, ha hablado en el Congreso de éxitos y *deséxitos*.

LXXII.

Desempulgadura y *desempulgar* son dos palabras que debieran desaparecer del Diccionario, ó cuando menos llevar cada una su nota de anticuada, porque hace mucho tiempo que no tienen uso, ni hay posibilidad de que le tengan. Pero ya se sabe que estas notas las reservan los académicos para las voces usuales y corrientes.

DESENCALCAR dicen que es «aflojar lo que estaba recalcado ó apretado», y por esta vez no dicen mal del todo. Mas ¿cómo poner este verbo compuesto sin poner aquel de que se forma? ¿Cómo se puede deshacer una cosa si no se ha hecho antes? ¿Puede haber un verbo DESENCALCAR sin que haya otro verbo ENCALCAR? Y si le hay, como efectivamente le hay en uso corriente, ¿por qué los académicos le omiten? Porque no saben por dónde andan, ni lo han sabido nunca.

Precisamente la historia académica de este verbo DESENCALCAR, demuestra bien lo tradicionales que son la desidia y la ignorancia